

DOS PALABRAS

Voy de prisa. Estoy muy lejos del alba, que apenas recuerdo, y en la inmediata cercanía del ocaso. He emprendido el curso que me lleva a mi destino. No lo conozco ni lo sabré hasta que alguien me indique la puerta que deberé abrir y el camino que habré de recorrer. En consecuencia, dejaré en los párrafos que aquí comienzan —y que rotulo como “páginas de mi vida”, apenas algunas— la relación de las andanzas que comparto.

Doy cuenta de mi vida, ya larga: más de ochenta años de andar caminos. En algunos consta mi huella, y de cada uno he tomado enseñanza y experiencia. Ahora miro hacia mí: muy adentro, donde están mis hallazgos y mis sentimientos, mis ideas y mis convicciones, suma de los recuerdos que pongo bajo la mirada de los lectores. Vale que me haga la pregunta sobre el porqué de estas páginas que revelan una memoria parcial y selectiva. Pude abstenerme, que fue mi primera intención. Finalmente (escritor laborioso) opté por poner en blanco y negro algunos recuerdos y experiencias, espejo en el que miro los años que pasaron. Lo hago serenamente.

Veo y recuerdo; me recuerdo. Veo y rescato; me rescato. Atraigo memorias antes de que la memoria se desvanezca gradualmente o dé un golpe certero. He intitulado este ejercicio: *Del alba*, hora inicial, *al crepúsculo*, hora final. Disto de aquella y transito en ésta, cerca del punto en el que el crepúsculo se convierte en ocaso, y el ocaso, en oscuridad y silencio. Por ello, me apresuro a concluir estas páginas —incompletas, imperfectas— en las que describo una parte de mi travesía. En los últimos capítulos me refiero al desenlace, cuya proximidad me pone en alerta. Todo cambia. No lo deploro. Solamente lo vivo a pie firme (aunque no tanto). Es así que navego en el crepúsculo, hundiendo los remos.

Viajo desde mi origen hacia mi término, según lo advierto y aguardo. Como Jano, miro hacia ambos horizontes: uno, muy poblado; el otro, menguante. Pero todos son tiempo de vida, que quiero compartir con quienes se interesen en conocerlo a través de mis reflexiones. De algo servirán a mis contemporáneos, con los que hice mi travesía, y a los

jóvenes, que emprenden la suya. Y en todo caso, de algo sirven a mis horas del crepúsculo mientras sueño en la noche que se avecina y en la luz incierta que me aguarda.

No faltará quien se extrañe por la omisión de algunos episodios de mi vida. En efecto, he omitido muchas cosas. No quiero animar las brasas que se apagaron en el curso de varias décadas. Es lo mejor para mí y para muchos. Dejar a cada quien con la distancia que ha preferido mantener es respetar sentimientos, míos y ajenos. Además, es mantener a salvo —lo reitero y lo diré de nuevo— otras vidas, con garantía de paz y distancia. La doy y la tomo.

Ofrecer un panorama más completo va más allá de mis posibilidades y de mis deseos. En todas las vidas hay ámbitos de reserva que fluyen poco a poco, a largos intervalos. En esta versión de mis recuerdos doy cuenta de la línea primordial que seguí desde la infancia hasta la senectud. No omito el puerto de embarque y los principales puertos de tránsito. Quizás llegue el tiempo en que relate el arribo a otros puertos —si acaso los recuerdo— que por ahora dejo en la bruma, donde se desvanecen.

No he podido —ni podría— mencionar todas las estaciones y personas que han aparecido en el curso de ocho décadas. Y no me abstengo de referir mis puntos de vista sobre los hechos y los dichos de México, mi tierra, y los mexicanos, mis compatriotas. Hago mi propio examen de las circunstancias y su significado. Incurro en un poco de “doctrina”. Más allá de las anécdotas, y a partir de ellas, intento consideraciones que contribuyen a entenderlas y explicarlas. A mi manera, por supuesto, y según mi saber y entender. No podría ser otra cosa. Éste es otro rasgo de estas memorias: doy puntos de vista, a veces minuciosos, para explicar experiencias y circunstancias. Habrá quienes prefieran una extensa colección de anécdotas. Si éste es el caso, también, recomiendo acudir a otras fuentes.

Prevengo al curioso que se interne en estas páginas. No encontrará revelaciones asombrosas, especulaciones arriesgadas, testimonios de otras vidas. Me contraigo a la mía y respeto las restantes. Mucho menos hallará resentimientos que pululan en ciertas obras concebidas con una intención que no practico. No arremeto contra nadie. No estoy hecho de esa madera, que se tala en otros bosques. Por supuesto, doy noticia de personas y sucesos que influyeron en mi marcha, cualquiera que haya sido esa influencia: luminosa o sombría. En consecuencia, quien busque una relación de agravios y rencores, invectivas o descalificaciones,

invertirá mejor su tiempo en obras que destruyen prestigios o administran diatribas.

También, expreso mis gratitudes, que son numerosas. Gratitud a mis orígenes, a quienes me guiaron en iniciales aventuras, a quienes confiaron en mí y me brindaron el apoyo de sus fuerzas y la luz de su pensamiento. Con éstas abastecí mi existencia. Lo que hice lo pude gracias a la generosidad de quienes me tendieron la mano. Al lado de la gratitud que debo y confieso, reconozco la que me dieron aquellos a quienes pude apoyar en el curso de su vida o en el ejercicio de su profesión aunque sólo se tratara del favor de la ley, aplicada con rectitud; por ello, nada tendrían que agradecer.

Esta medalla tiene también otra cara, que no soslayo, aunque procure olvidarla: la ingratitud que creció donde debió florecer el reconocimiento, la deslealtad —forma agravada de la ingratitud— y la traición, la falta abominable a cuyos autores alojó Dante en el círculo más oscuro del infierno. He conocido comportamientos de este género. Omito la relación y los detalles.

Hace tiempo emprendí las primeras líneas de esta crónica. Algunos textos fueron publicados, casi en los términos en que ahora los recojo, en una colección de libros pequeños que denominé *Para la Navidad*, a la que me refiero en estas páginas. Sin embargo, la mayor parte es trabajo de estos años, tiempo de pandemia que me forzó al retraining. Destiné mis horas a la tarea académica, que jamás abandoné e incluso aumenté, y a la redacción de esta crónica. En este sentido, esos años fueron, para mí, constructivos.

Va mi reconocimiento a la casa Editorial Porrúa, a la que llegué hace medio siglo. Tuve la hospitalidad de don José Antonio Pérez Porrúa, padre, como la tengo de don José Antonio, hijo. Con esa hospitalidad se publicaron más de veinticinco libros de los que soy autor, coautor o coordinador. Buena alianza, que desemboca en el trabajo esmerado del impresor José Castellanos y su competente equipo. Han dedicado muchas horas a formar las páginas y llevarlas a feliz término. En el caso de esta crónica, también aprecio el buen diseño del material gráfico —fotografías y pliegos de fotografías—, que debo a Erick López.

En fin, por todo y a todos, gracias. Y, adiós.